

Repuesta

El futuro como el presente existencial

Por

Robert J. Thompson

Profesor de filosofía y teología, la Universidad Nazarena del Noroeste
Nampa, Idaho, EE.UU.

Es una pregunta común por la historia: “¿Qué viene primero, la gallina o el huevo?” ¿Precede la existencia a la esencia o es la segunda la primera? El desafío de Keen no es tanto considerar esta pregunta de nuevo, como ser dueño de las consecuencias de la única respuesta que ya es creíble mientras que la piedra está colocada sobre la tumba de la modernidad. La existencia no sólo precede la esencia, ésta suplanta la esencia—es todo lo que hay.

Si Keen tiene razón, entonces el suyo es verdaderamente un desafío radical a la Iglesia mientras encaramos un futuro que todavía no está escrito. Hacemos frente a un futuro que es radicalmente abierto, lleno de posibilidades, y vacío de lo que puede ser conocido. Claro que la modernidad y el occidente nunca han sido capaz de aceptar esto. Nosotros—y digo “nosotros” porque muchos de ustedes están conmigo en la “mira” de Keen—hemos venido a aceptar nuestras propias limitaciones; y a través de la mente de un Dios omnisciente, furtivamente llegar a una conclusión de la ecuación.

No estoy de acuerdo que todas personas modernas hagan esto. David Hume, por ejemplo, no se rinde a “la constancia fundamental.” Su mordaz y decisiva crítica de causalidad e inducción—la base del monumento principal de la modernidad con respecto al progreso humano y la razón, la ciencia moderna—puede ser entendido como nada menos que una marcha fúnebre inicial, anunciando la muerte de la modernidad. Pero Hume está en conflicto con sí mismo. Él ayuda a llevar el féretro de la modernidad, mientras confía en aquellos principios para rechazar el milagro de la resurrección de Jesús. Aquí Hume, también, cae víctima a la crítica de Keen quien nota con derecho que “la resurrección es un futuro que no podría haber surgido de este pasado.” Y así Hume, como Heidegger, Marx, Nietzsche, y tantos otros, tiene un pie en el sepulcro con los demás del occidente y un pie afuera.

Está en medio del estertor de la modernidad, según Keen, que la Iglesia se yergue ahora para enfrentar el futuro. Y mientras la Iglesia mira con ojos de miope al oscuro más allá temporal, no encuentra ninguna esperanza allá. Ninguna promesa brillante de una edad de oro venidera. Ningún retorno a la visión inocentona de una utopía socio-política en la tierra. Ni aún un curso rudo en mapa, dibujado para el futuro de la utopía de acuerdo con la voluntad de Dios. Nada. En la cara de esta falta de justificación proléptica para el presente, un presente desbordándose con disensión, hambre, opresión, imperialismo, muerte, y toda manera de mal inexplicable, gritamos con Job, “¡Violencia!”, y nuestra oración resuena de las paredes hasta que se apaga al silencio.

Allí está donde Job, y nosotros, nos quedaríamos—aterrorizados y sin movimiento ante un futuro opaco—si no fuera por la intervención del Jesús resucitado. Es el poder de la resurrección que vivifica el mensaje del Uno que andaba entre nosotros. Y es el poder de la Iglesia que últimamente que autoriza la Iglesia, ustedes y yo, para que dé un paso por delante y enfrente un futuro incierto con esperanza cierta. Sin embargo, no es una esperanza que está basada en alguna promesa venidera, sea el cielo o el triunfo final de lo bueno sobre lo malo. Tal promesa llegaría a ser el fin adonde aspiramos, y, tristemente el futuro llegaría a ser el medio a tal fin. Al contrario, es una esperanza en el Uno quien anda al lado de nosotros mientras dejamos los confines cómodos del presente, Jesús el Cristo.

No importa si esta declaración todavía parece radical a nuestros sentimientos ya insípidos hace mucho tiempo por respuestas gastadas de la escuela dominical y una fijación en las omni-calidades de Dios, el asunto está claro: la esperanza futura en que ponemos nuestra esperanza es una Persona que está con nosotros ahora. Una Persona quien nos lanza a un futuro que no podemos realizar por nuestro poder—un futuro que es dado. Una Persona cuya resurrección nos capacita a esperar el inesperado—esperar que podamos dar comida a los hambrientos, vestir a los pobres, capacitar a los incapacitados, librar a los oprimidos, y vivificar amor santo en un mundo donde tal amor no puede venir de nuestro pasado, salvo por el poder y la gracia de Dios. Una Persona quien se niega a permitirnos ver el futuro como nada más que un fin en sí mismo—un presente momentáneo del cual siempre estamos dejando atrás, pero también en donde estamos siempre, y fundamentalmente existiendo como un ser hecho vivo por la autoridad graciosa del Espíritu de Dios. Una Persona que nos recuerda que existencia suplanta esencia, que nuestra esperanza está basada en Uno quien ha sido crucificado y resucitado de nuevo, y que el futuro, al que hacemos frente, ha de ser vivido, momento por momento, en el presente y por su propio bien.

Claro, hay ciertas preguntas que surgen de esta discusión y que, me parece, necesitan una respuesta. Primero, ¿es la visión de que lo inesperado ha de ser esperado con algo más que un optimismo excesivamente ingenuo o la piedad sentimentalista? Si no, ¿cómo podemos convencer a una iglesia escéptica y / o a un mundo escéptico de esto? Segundo, ¿cómo repondemos mejor nosotros, como wesleyanos, a datos, bíblicos u otros, que sugieren que la esperanza cristiana sea apropiadamente asociada con eventos escatológicos? Tercero, ¿es la muerte de la modernidad y el énfasis en la existencia, en vez de la esencia, significado en contextos en donde la modernidad nunca ha nacido y la existencia es todo que se sabe? Eso es, ¿son las inquietudes, a que se dirige Keen en su ponencia, cuestiones que, en fin, son solamente del occidente? En cualquier forma en que repondamos a estas preguntas y otras, Keen nos ha servido por iniciar un diálogo que debemos continuar mientras nuestra Iglesia avanza en fe por el nuevo milenio.